

PRIMER CONGRESO DE PASTORAL URBANA, *Dios habita en la ciudad*, Desarrollo Integral de Ciudades, México, 2007.

RICOEUR, Paul, *La Metáfora viva*, Cristiandad, Madrid, 2001.

SILVA, Armando, *Imaginario Urbanos*, Tercer Mundo, Bogotá, 5ª. ed. 2006.

VANNI, Ugo, *Lectura del Apocalipsis, Hermenéutica, exégesis, teología*, Verbo Divino, Estella, 1980.

_____, *Lectura del Apocalipsis, hermenéutica, exégesis, teología*, Verbo Divino, Estella, 2005.

73

2 - Dios en la ciudad y la ciudad en Dios: breve ensayo de una teología teológica de la ciudad - Carlos María Galli

Facultad de Teología - UCA

Buenos Aires – 24/4/2020

1. Introducción: una teología teológica de la ciudad

En la sección sobre la teología de la ciudad se me ha pedido tratar el tema de Dios en la ciudad y la ciudad como lugar teológico. Son puntos distintos, aunque conectados, porque si Dios vive en la ciudad ésta es un lugar para conocer y hablar de Dios. Este ensayo se concentra en el primer núcleo de una teología *teológica* de la ciudad en un doble sentido: centrada en el misterio de Dios y a partir de la fe que espera y ama. Desde ese dinamismo teológico, la razón iluminada por la fe piensa confiando y confía pensando, superando las falsas alternativas entre la lógica de la fe cristiana y los distintos ejercicios de la racionalidad humana.

La teología es la fe que piensa y el pensamiento de la fe. Piensa a Dios y a la realidad en su relación con el Dios revelado en Cristo y donado en el Espíritu, incluyendo la realidad urbana. Con el maestro Francisco de Vitoria, dominicano del siglo XVI que desde Salamanca pensó las cuestiones americanas, afirmo que “el oficio y la función del teólogo es tan vasto que ningún argumento, ninguna discusión, ninguna materia son ajenos a su profesión”.⁷⁴

La ciudad es un misterio que puede ser contemplado y una realidad que debe ser evangelizada. La afirmación teológica del Documento de Aparecida “Dios vive en la ciudad” (A 514) es un criterio tanto para pensar la ciudad como para orientar la pastoral urbana. Por eso se esbozan y se desarrollan tanto una teología sistemática como una teología pastoral de la ciudad. La teología piensa la ciudad como casa

⁷⁴ F. DE VITORIA, *Reelectio de potestate civili*, Int., en: *Obras de Francisco de Vitoria*, Madrid, BAC, 1960, 150.

cultural del ser humano a la luz de la fe en Dios y la misión evangelizadora de la Iglesia para compartir la fe en la cultura urbana. Conociendo los temas de las otras secciones de este volumen aquí me limitaré al primer aspecto. Desde la obra ya clásica de Joseph Comblin, *Teología de la ciudad*,⁷⁵ mucho se ha escrito en esta línea.

Por mi parte, en 1986 expresé “la necesidad de una nueva pastoral urbana”.⁷⁶ Medio siglo después publiqué el libro *Dios vive en la ciudad*, con un título tomado de la sugestiva frase de Aparecida.⁷⁷ Luego escribí sobre aspectos relevantes del tema y con relación a la enseñanza de Francisco.⁷⁸ Aquí ensayo *una nueva reflexión sistemática* en diálogo con aportes recientes.

Esta meditación teológica piensa la ciudad global como gran morada humana (2), reconoce a Jesús como huésped y peregrino en el mundo urbano (3), descubre las presencias de Cristo en el dolor y el amor (4), plantea la presencia ausente y la ausencia presente de Dios (5), invita a encontrarlo en la vida urbana cotidiana (6), testimonia la ternura divina hacia los pobres y las víctimas del descarte (7), dirige la esperanza hacia la plenitud de la Ciudad de Dios (8).

2. La ciudad global, nueva casa del ser humano

La casa y la ciudad forman la morada propia del ser humano. La legendaria Jericó diseñó las formas de la casa como vivienda familiar y de la ciudad amurallada como espacio social. La ciudad es una comunidad coherente con la naturaleza social del hombre. *Vivir es convivir y quien solo vive se desvive*. La *polis* arraiga mediatamente en la naturaleza política del ser humano e inmediatamente en su ubicación espacial, o sea, en las dimensiones de la vinculación y la corporeidad. Aristóteles vivía en una ciudad-estado de 20 mil habitantes y enseñó que el hombre es un ser político. La ciudad es una forma de convivencia connatural al ser humano generada por la concentración de familias en un determinado territorio geográfico y social.

El hombre es un ser doméstico que vive en una casa; un ser político que arraiga en una ciudad y una patria; un ser humano cosmopolita situado en el mundo. La morada humana comprende el triángulo formado por la casa como ámbito de familia y naturaleza; la ciudad / el país / la nación como enclave de historia y cultura; el mundo como horizonte de pertenencia humano. La localización y la globalización se

⁷⁵ Cf. J. COMBLIN, *Théologie de la ville*, Paris, 1968; en español: J. COMBLIN; F. CALVO, *Teología de la ciudad*, Estella, Verbo Divino, 1972; J. COMBLIN, “*Teología de la misión*”, Buenos Aires, Latinoamérica Libros, 1974.

⁷⁶ Cf. C. M. GALLI, “El desafío pastoral de la cultura urbana”, *SEDOI* 90/91 (1986) 1-10, 65-67; 7.

⁷⁷ Cf. C. M. GALLI, ‘*Dios vive en la ciudad*’. *Hacia una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida y del proyecto misionero de Francisco*, Buenos Aires, Herder, 2014 (4ª).

⁷⁸ Cf. C. M. GALLI, “Der Christus Gottes ist und wohnt in der Stadt”, en: M. ECKHOLT; S. SILVER (Hg.), *Glauben in Mega – Citys*, Stuttgart, Grünewald, 2014, 226-274; “Misericordia materna della Chiesa nei confronti dei poveri, dei dimenticati e degli avanzi nella pastorale megaurbana”, en: L. MARTÍNEZ SISTACH, *La pastorale delle grandi città*, Librería Editrice Vaticana, 2015, 203-244; “El Pueblo de Dios en las culturas urbanas a la luz de *Evangelii gaudium*”, en: CELAM, *Evangelización en las culturas urbanas*, Bogotá, CELAM, 2015, 105-142.

interpenetran en *la vida glo-cal*, como percibimos en la pandemia del coronavirus, la primera pandemia del mundo – ciudad y la ciudad – mundo.

La persona desea habitar una patria. El arraigo en la tierra y en el pueblo es una dimensión del hombre como ser-en-el-mundo. Toda persona anhela tener su casa. Un elemento clave en la cultura de los barrios populares es la esforzada autoconstrucción de la vivienda a lo largo de los años para tener un hogar digno y habitable. “La casa es el símbolo de su perdurabilidad... Si uno ha sido capaz de construir casa y fundar familia es gente que merece respeto”.⁷⁹ Las personas del barrio quieren ser respetadas en su dignidad, afirmada en la lucha cotidiana por vivir y convivir, que sostiene muchos actos heroicos de callada generosidad. La experiencia pastoral confirma que esa voluntad de vivir dignamente es la fuente interior de una estabilidad sorprendente en medio de dramas, como la muerte evitable de los hijos pequeños.

La vocación social muestra la interrelación entre la casa, la ciudad, la nación y el mundo. La casa es el lugar del arraigo en el suelo nutricional que circunscribe el espacio ilimitado, custodia la intimidad personal y la comunicación interpersonal, constituye el germen de la tradición familiar y social, delimita y vincula la esfera privada con el espacio público.⁸⁰ El hogar, el país, es una *querencia* de la que se parte y a la que se vuelve (*paese, Heimat*). El *ethos* cultural es la casa del pueblo. La casa se sitúa en una ciudad y las ciudades forman espacios culturales.

La ciudad es el origen inmediato de la *ciudadanía*, una realidad que pertenece a la dimensión política del hombre, hoy ampliada hacia dimensiones culturales. La voz “ciudadano” proviene del *citatorium* latino. Es el citado a asociarse con otros para construir el bien común de la *civitas*. Es quien convive en una comunidad política acogiendo sus leyes, asumiendo sus responsabilidades, participando en las decisiones, haciéndose responsable por los demás. Para Tomás de Aquino, el habitar en una ciudad no es el factor principal del ciudadano; el rasgo primario es su compromiso con “las tareas constituyentes de la ciudadanía” (ST I-II, 105, 3, ad 2um). Hoy, la transformación de los habitantes en ciudadanos significa el paso de una pertenencia pasiva a una subjetividad activa por la asunción de una corresponsabilidad social.

La ciudadanía es un reto a la responsabilidad ética, cultural y política de los miembros de un pueblo. En la *polis*, la *koinonía* del *demos* se constituye en *politeia*. Una ciudadanía integral se nutre de la pertenencia histórica a un pueblo y se verifica en el compromiso ciudadano por los otros, porque todos somos responsables de todo y de todos, delante de todos, y yo más que otros.⁸¹ Los cristianos estamos llamados a ser ciudadanos responsables, justos y solidarios.

Vivimos un momento nuevo en la historia, la *urban age*. La gran ciudad es un signo de nuestro tiempo que irrumpió a mediados del siglo XX. En 1950, sólo el 16% de la población habitaba en ciudades, en 2000 era el 50%. En 1961 éramos unos mil millones, en 2003 casi tres mil millones. En 2007, por primera vez en la historia, el 52% de la población mundial vive en ciudades y superó a la rural, que además se urbaniza por la cultura mediática e informática.

⁷⁹ Cf. P. TRIGO, *La cultura del barrio*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2004, 87-88.

⁸⁰ Cf. H. MANDRIONI, *Filosofía y política*, Buenos Aires, Guadalupe, 1986², 113-128.

⁸¹ Cf. E. LÉVINAS, *Ethique et Infini*, Paris, Fayard, 1982, 105.

En 1800 sólo Londres pasaba el millón de habitantes; en 1900 lo hacían diez ciudades; hoy son más de quinientas. Hay más de treinta *mega-ciudades* con más de diez millones de personas. Las *regiones metropolitanas*, como las llamó Pablo VI (OA 8-12), son conurbaciones que unen centros y periferias en aglomerados. La región latinoamericana y caribeña, con unos seiscientos millones de habitantes, es la región más urbanizada del mundo. El 80% de la población es urbana y, sobre todo, suburbana. Las mayores megalópolis son México, San Pablo, Buenos Aires, Río de Janeiro, Bogotá. En la Conferencia de Medellín nuestra Iglesia planteó el desafío de la urbanización. Puebla, desde la exhortación *Evangelii nuntiandi*, promovió la evangelización de la cultura en la ciudad. Santo Domingo invitó a inculturar el Evangelio en la cultura urbana moderna y postmoderna. Aparecida promueve *una nueva pastoral urbana* (A 509-519) para una evangelización inculturada que comunique la Vida en Cristo.

Mi país, la Argentina, ya en 2010 tenía un 92% de población urbana. El *Aglomerado Gran Buenos Aires* supera los catorce millones. Mi libro *Dios vive en la ciudad* mostró que, en 1936, cuando nació Bergoglio, hijo de inmigrantes italianos, esta ciudad ya tenía más de 2.400.000 habitantes (880.000 eran extranjeros y 1.600.000 nativos). Francisco es el primer Papa nacido en una gran ciudad del siglo XX y hoy encara los retos de la *cosmo-polis*.

El 68% de los católicos vivimos en el sur del mundo. En los últimos 100 años se invirtió la composición del catolicismo. En 1910 el 70% de los católicos vivía en el norte (65 en Europa) y el 30% en el sur (24 en América Latina). En 2010 el 32% vivía en el norte (24 en Europa, 8 en Norteamérica) y el 68% en el sur: 39 en América Latina, 16 en África, 12 en Asia, 1 en Oceanía. La pastoral megaurbana asume la irrupción de nuevas culturas y la opción por los últimos. La mayoría de las megalópolis está en naciones jóvenes, pobladas y pobres. Allí, junto a Francisco, el primer Obispo de Roma surgido del sur del Sur, la Iglesia católica vuelve a reconocer y asumir el protagonismo de las periferias y de los “periféricos”.⁸²

Tenemos el desafío de descubrir el rostro visible y el rumor audible de cada ciudad. La ciudad reúne las moradas de las familias que conviven en una comunidad situada en un espacio territorial y simbólico del mundo. Cada morada es espejo de la ciudad entera y la ciudad es el espejo de los moradores. Cada ciudad tiene una forma, un *eidós*, una imagen “visible” a la mirada, y un sentido, un *dictum*, un rumor “audible” a la interpretación. Hay que contemplarla y escucharla porque tiene una figura que puede ser mirada y admirada; y en ella resuenan voces que deben ser escuchadas e interpretadas. El Pueblo de Dios en México, San Pablo o Buenos Aires arraiga en una cultura con un imaginario compuesto por barrios visibles y culturas invisibles. Debemos percibir sus imágenes, sonidos, tramas y sentidos. En esa figura podremos descubrir nuevos rostros de Jesús; en esas voces hay nuevos ecos de la Palabra de Dios.

3. Jesús: huésped en la Iglesia y peregrino en las ciudades

La fe afirma la presencia única de Dios en Jesús, Mesías e Hijo de Dios (Mc 1,1), el Ungido del Espíritu Santo (Lc 4,18). Jesús es la Buena Noticia de Dios (Mc 1,1) y el primero y más grande Evangelizador, que camina por los senderos de Galilea y Judea (Mc 1,14-15). Jesús es el peregrino evangelizador que proclama

⁸² Cf. A. RICCARDI, *Periferie. Crisi e novità per la Chiesa*, Milano, Jaca Book, 2016, 7-29.

la Buena Noticia del Reino de Dios (Lc 4,43-44) de pueblo en pueblo (Lc 8,1). Los evangelios usan muchas veces la palabra *pólis* para designar caseríos, pueblos, ciudades de diversas dimensiones e insertas en el mundo rural.

Jesús anuncia “el camino de Dios” (Lc 20,21) durante su viaje a Jerusalén (Lc 9,51-19,28). Tiene seguidores itinerantes que comparten su misión y discípulos que viven en pequeñas ciudades, como la familia de Lázaro en Betania (Lc 10,38-42). Sus casas son ámbitos de hospitalidad y sedes para la misión. La Ciudad Santa es el punto de llegada de su vida y el punto de partida del camino misionero de los apóstoles con “la fuerza del Espíritu Santo” (Hch 1,8).

Jesús sigue caminando con la comunidad cristiana, porque “comenzando por Jerusalén, en su Nombre debía predicarse a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados” (Lc 24,47). Los apóstoles visitan ciudades anunciando la muerte y la resurrección de Cristo. El Resucitado camina con ellos como Dios caminaba con Israel por el desierto (Dt 2,7). El relato de Emaús es un icono del Pueblo de Dios peregrino y misionero (Lc 24,13-35).

La Iglesia sigue “el Camino del Señor” (Hch 18, 25) hacia “la ciudad futura” (Heb 11,10). La dimensión social e histórica del Pueblo de Dios –convocado de entre todas las naciones (Hch 2,1-9; 15,14)– se corresponde con la condición itinerante del ser humano, que peregrina hacia su plenitud vital. En Jerusalén, el Resucitado encomendó a los apóstoles la misión de evangelizar hasta los confines de la tierra con la fuerza del Espíritu (Lc 24,49; Hch 1,4.13). Desde entonces, el cristianismo se destaca entre otras religiones porque acumula una rica experiencia urbana y comunica un mensaje asimilable en cualquier lengua y en cualquier cultura.

La Iglesia se formó en la red de urbes del Imperio romano. Sus comunidades se desarrollaron en ámbitos caseros y urbanos. San Pablo, evangelizador en un mundo pluricultural, aprovechó las rutas interurbanas, el lenguaje *koiné* y las sinagogas de la diáspora. En su vocación apostólica integró la religión judía, la cultura griega y la ciudadanía romana.⁸³ Comunicó el Evangelio en una cultura poblada de religiones, creencias, misterios, cultos, filosofías. Evangelizó judíos en las sinagogas y paganos en las plazas (*ágorai*). Como tejedor de carpas para caravanas entró en contacto con camelleros, comerciantes y viajeros. Fue protagonista y testigo de la difusión de la fe por una transmisión capilar “de boca en boca” que generó comunidades cristianas en Tesalónica, Éfeso y Corinto, ciudades con más de 100.000 habitantes.

Pablo llegó a Roma, que tenía un millón de ciudadanos y estaba en “los confines de la tierra” (Hch 28,14). Vivió dos años en una *casa* de esa *ciudad* (Hch 28,15-16), proclamó el Reino de Dios y enseñó “lo concerniente al Señor Jesucristo” (Hch 28,31). Al afirmar ser “ciudadano romano” (Hch 22, 27) expresó su pertenencia a la urbe y el orbe. La evangelización partió de Antioquía, pasó por Atenas, llegó a Roma. La fe pasó de la cultura aldeana palestina a las cosmopolitas urbes mediterráneas con sus diversidades étnicas, sociales y religiosas.

En el mundo greco-romano la casa era una ciudad en miniatura que articulaba un conjunto de familias. La Iglesia, “Casa de Dios” (1 Tm 3,15), se organizó a partir de las familias cristianas ciudadanas que formaron

⁸³ Cf. S. GUIJARRO, *La primera evangelización*, Salamanca, Sígueme, 2013.128-138.

iglesias en las casas.⁸⁴ Las comunidades se reunían en casas (Hch 18,1-7) y los cristianos se integraban con sus familias (Hch 18,8; 1 Cor 1,16). La sugestiva fórmula *he kat' oikon ekklésia* (1 Cor 16,19; Rom 16,5) se puede traducir como “la iglesia que se reúne en su casa o se constituye a modo de casa”. La familia de los guarnicioneros Aquila y Priscila pudo ser un centro móvil en una comunidad local.⁸⁵ Hoy, los desafíos de la evangelización llevan la pastoral urbana a proponer la actualización de ese modelo misionero de comunidades en las casas,⁸⁶ promoviendo la parroquia como una comunidad de comunidades.

Pablo menciona en más de cuarenta ocasiones a iglesias locales en *ciudades y regiones*. Saluda a “la Iglesia de Dios *que está en* Corinto” (1 Cor 1,2) o “Galacia” (Gal 1,3) En su eclesiología la frase *‘ekklësia tou Theou* es empleada para referirse a una comunidad local de discípulos convocados por Dios en Cristo, en y desde distintos ámbitos humanos, no sólo en una ciudad. El apóstol se refiere a una región (1 Tes 1,1: “la Iglesia de los tesalonicenses”), una ciudad (Rm 16,1: “la Iglesia que está en Kencreas”), una casa (Flm 2: “la Iglesia que se reúne en tu casa”), incluso una asamblea (1 Cor 11,18).⁸⁷ Pablo emplea el término iglesia en plural: “las *iglesias* de Galacia” (Gal 1,1-2), “las iglesias de Dios” (1 Cor 11,16), “las iglesias de los gentiles” (Rm 16,4), “las iglesias de Judea” (1 Tes 2,14). Desde Israel y en Cristo piensa a las comunidades cristianas que viven en casas, ciudades y regiones como el Pueblo de Dios.

La frase *ekklësia tou Theou* indica la comunidad reunida por Dios en la ciudad de Corinto (1 Cor 1,2). Si en el contexto de la traducción de los LXX, la palabra *ekklësia* remitía a la comunidad del Pueblo santo convocada por Dios para una *reunión solemne* (*qahal Yahvé*), en el mundo griego designaba la *asamblea plenaria* de los ciudadanos en las *poleis*. Esta reunión se celebraba regularmente y podía cambiar leyes, elegir funcionarios y decidir políticas. La asamblea empezaba con oraciones y sacrificios a los dioses de la ciudad. Las decisiones eran válidas si se tomaban con un determinado número de votos. Los ciudadanos, el diez o el quince por ciento de la población -porque se excluía a mujeres, niños y esclavos- tenían derecho a proponer y decidir políticas. La *ekklësia cristiana* une la convocación religiosa del pueblo hebreo y la reunión familiar en la ciudad griega. La Iglesia es *la reunión de los ciudadanos de Dios* que representa al pueblo mesiánico constituido en los espacios públicos. Los cristianos venidos del paganismo, excluidos de la “ciudadanía (*politeías*) de Israel” (Ef 2,12), se volvieron “conciudadanos (*sympolítes*) de los santos y familiares (*oikeíoi*) de Dios” (Ef 2,19).

La red de iglesias cristianas transformó las formas asociativas de la casa familiar y la asamblea de la ciudad.⁸⁸ Aprovechó las asociaciones voluntarias formadas por trabajadores, devotos e inmigrantes, un espacio intermedio entre la esfera íntima de la familia y el ámbito público de la ciudad.⁸⁹ El universalismo

⁸⁴ Cf. R. AGUIRRE, “La estrategia evangelizadora de Pablo: la religión doméstica”, en: *Ensayos sobre los orígenes del cristianismo primitivo*, Verbo Divino, 2010, 53-73. DE LA SERNA, *De Jesús a la Gran Iglesia. El nacimiento del cristianismo*, Buenos Aires, Agape, 2012, 121-144.

⁸⁵ Cf. H. KLAUCK, *Gemeinde zwischen Haus und Stadt. Kirche bei Paulus*, Freiburg, Herder, 1992, 11-44.

⁸⁶ Cf. B. BRAVO (coord.), *¿Cómo hacer pastoral urbana?*, México, San Pablo, 2013.

⁸⁷ Cf. L. RIVAS, *Pablo y la Iglesia. Ensayo sobre ‘las eclesiologías’ paulinas*, Buenos Aires, Claretiana, 2008, 9.

⁸⁸ Cf. W. MEEKS, *Los primeros cristianos urbanos*, Salamanca, Sígueme, 1988, 183-186.

⁸⁹ Cf. C. GIL ARBIOL, “La primera generación fuera de Palestina”, en: R. AGUIRRE (ed.), *Así empezó el cristianismo*, Estella, Verbo Divino, 2010, 139-193.

incluyente de la comunión en Cristo produjo comunidades fraternas con mestizaje cultural e integración social de los diferentes, sentando en la mesa eucarística a varones y mujeres, judíos y paganos, libres y esclavos (Gal 3,28). La *comunión en la mesa* del cristianismo urbano creó “un modelo alternativo de interacción social”.⁹⁰

Jerusalén, Atenas y Roma simbolizan las tres raíces de la cultura occidental de inspiración cristiana. la religión judeocristiana, la filosofía griega y el derecho romano. *Jerusalén* es el origen del cristianismo y la madre de las religiones monoteístas o abrahámicas. Pablo en el Areópago de *Atenas* testimonia una evangelización inculturada en una cultura marcada por la religión, la filosofía y la poesía del helenismo. Roma, la gran urbe del orbe imperial antiguo, es el término de la primera evangelización mediterránea y luego el corazón de la catolicidad. Desde los orígenes cristianos se percibe “el espacio urbano como lugar del cristianismo”.⁹¹

4. Las presencias de Cristo en el dolor y en el amor

La fe cristiana reconoce que Jesús, el Viviente, sigue caminando por las calles, visitando las casas y evangelizando las ciudades. En 2015, en la homilía que pronunció en el *Madison Square Garden* de Nueva York, el Papa Francisco proclamó la esperanza que nace de la fe en la presencia de Dios en Jesucristo que camina en medio del pueblo urbano. Entonces afirmó:

“Saber que Jesús sigue caminando por nuestras calles, que sigue mezclándose vitalmente con su pueblo, implicándose con nosotros en una gran historia de la salvación, nos llena de esperanza... Una esperanza que nos hace ver, aún en medio del smog, la presencia de Dios que sigue caminando por las calles de nuestra ciudad. Porque Dios está en la ciudad”.⁹²

Jesús es “el Cristo de Dios” (Lc 2,26), el Señor del Espíritu, “constituido Hijo de Dios con poder según el Espíritu santificador, por su resurrección de entre los muertos” (Rm 1,4).⁹³ Toda presencia de Cristo en la historia y en la ciudad se realiza a través de su Espíritu. Por eso, la afirmación *Dios vive en la ciudad* (A 214) se vincula a lo que dice el mismo Documento de Aparecida en la sección “lugares del encuentro con Cristo” (A 246-257). Allí la V Conferencia recrea el tema del Cristo presente (*Christus praesens*) a través de sus varias presencias reales en la Iglesia, el hombre y el mundo, siguiendo la enseñanza del Concilio Vaticano II (SC 7). Aparecida brinda una cristología del don, el encuentro y las presencias de Cristo.⁹⁴

⁹⁰ A. DAVEY, *Cristianismo urbano y globalización*, Santander, Sal Terrae, 2003, 120.

⁹¹ Cf. M. SIEVERNICH, “Der urbane Raum als Ort des Christentums”, en: M. SIEVERNICH; K. WENZEL (Hg.), *Aufbruch in die Urbanität*, Freiburg, Herder, 2013, 166-214.

⁹² FRANCISCO, “Homilía en la Misa celebrada en el *Madison Square Garden* de Nueva York”, en: *De Cuba a Filadelfia. Una misión de amor*, Ciudad del Vaticano, Librería Editrice Vaticana, 2015, 156-157.

⁹³ Cf. H. LONA, “Jesús, el Cristo, y el Espíritu de Dios”, en: SOCIEDAD ARGENTINA DE TEOLOGÍA, “*El Espíritu del Señor está sobre mí*” (Lc 4,18), Buenos Aires, Agape, 2019, 107-129.

⁹⁴ Cf. C. M. GALLI, “Líneas cristológicas de Aparecida”, en: CELAM - SECRETARÍA GENERAL, *Testigos de Aparecida*, I, Bogotá, CELAM, 2008, 103-204.

El encuentro con Cristo se realiza por la acción invisible del Espíritu Santo percibida por la fe vivida de la Iglesia. *Podemos encontrar a Jesús donde Él se hace presente*: en la Sagrada Escritura leída en la Iglesia, difundida por la animación bíblica de la pastoral y meditada en el ejercicio orante de la *Lectio divina*; en la celebración de la Liturgia, donde está de un modo admirable, especialmente en la Eucaristía, lugar privilegiado de su Presencia eminente, y en la paz de la Reconciliación; en el diálogo amoroso de la oración personal y comunitaria. Encontramos a Jesús en sus discípulos misioneros, especialmente en los pastores que representan al Buen Pastor; está en todos los hombres que viven con amor y luchan por la justicia, la paz y el bien común. De un modo cercano encontramos a Jesús en las figuras vinculares y ejemplares de la Virgen María, los apóstoles, los santos y los mártires y en aquellos que Francisco llama “los santos de la puerta de al lado”, varones y mujeres que viven la santidad en lo cotidiano.

Encontramos al Dios de Jesús en los acontecimientos de la vida diaria, tanto en las decisiones, iniciativas y acciones, como en los afectos, padecimientos y debilidades. Dios acompaña la acción y la pasión humanas en la historia, identificándose con el sufrimiento de los afligidos. Lo encontramos en los pobres, afligidos y enfermos que reclaman nuestro compromiso y nos dan testimonio de fe paciente en el sufrimiento y de lucha constante para seguir viviendo

Encontramos a Cristo en la fe, la piedad y la espiritualidad católica popular, que es “una expresión privilegiada de la inculturación de la fe católica” (SD 36). Aparecida presenta la espiritualidad o mística católica popular, el gran tesoro de la Iglesia latinoamericana, como *una forma de encuentro personal con el Señor* (A 258-265). Son muchas las expresiones de fe, esperanza y amor al Dios de la compasión que, en Cristo, nos ama hasta dar su vida en la Cruz y nos salva con el poder de su Resurrección. El Documento resalta “la devoción al Cristo sufriente y a su Madre bendita” (A 127) y muestra la unión amorosa con el Cristo sufriente y muriente de muchos hombres y pueblos asociados a la Cruz (A 265). La piedad es *una mística popular* con un gran potencial de santidad en la justicia y el amor (A 262).⁹⁵

Los rostros pacientes del *Cristo de Esquipulas* en Guatemala, el *Señor de los Milagros* de Lima y tantos otros cristos, o la *Virgen de Guadalupe* y otras imágenes, o la devoción a los santos amigos, simbolizan el mestizaje cultural y la evangelización inculturada. Cristo, el Dios Crucificado, y María, la Madre de Dios, marcaron nuestra fe católica y están presentes, de muchas formas, en las expresiones personales, familiares y públicas de la fe popular.

La novedad del núcleo teológico de la nueva pastoral urbana inspirada en Aparecida está en afirmar que Dios habita en las ciudades y comparte nuestras alegrías, anhelos y esperanzas, y también los sufrimientos, fracasos y penas. Asume nuestras experiencias humanas más fuertes: el amor y la muerte, la alegría y el dolor, la paz y la violencia. Se hace presente en las sombras que marcan lo cotidiano, como los fenómenos de la pobreza, el individualismo, la inseguridad, la desigualdad, la exclusión. Las realidades sombrías “no pueden impedirnos que busquemos y contemplemos al Dios de la vida también en los ambientes urbanos” (A 514).

⁹⁵ Cf. J. SEIBOLD, *La mística popular*, México, Buena Prensa, 2006; “Piedad popular, Mística popular y Pastoral Urbana. Sus vinculaciones según el Documento de Aparecida”, *Medellín* 138 (2009) 207-226.

Aquí es necesario recordar la enseñanza de la constitución *Gaudium et spes*: “el Hijo de Dios, con su encarnación, se ha unido en cierto modo a todo hombre (*cum omni homini quodammodo se univit*)” (GS 22). Por la encarnación hay una presencia única y singular del Hijo de Dios en la humanidad individual de Jesús de Nazaret. Junto a esta verdad, el Concilio enseña que también hay una presencia real – distinta, no hipostática - en cada uno de los otros seres humanos. En una analogía de presencias, Cristo está realmente presente en cada uno de los varones y de las mujeres. El Dios revelado en su Hijo está de algún modo en todos los hombres de todas las ciudades de una forma real, aunque análoga, distinta. Enseña el Vaticano II que Cristo, “obra ya por la fuerza de su Espíritu en los corazones de los hombres” (GS 38).

La fe está llamada a descubrir al Dios presente en el Cristo presente (*Christus praesens*). Dios está en el *Christus patiens* (Cristo paciente) que sufre con y en sus hermanos que padecen tantas miserias, asumidas por Jesús, el Siervo sufriente y paciente hasta la cruz pascual. También Dios está en el *Christus medicus* (Cristo médico) que ama, cuida y cura a los heridos en el camino con su misericordia, como Buen samaritano. Jesucristo el Dios que se hizo vulnerable por amor, es el Siervo Sufriente que padece y el Buen Samaritano que com-padece.

¿Dónde está Dios en la guardia nocturna de un pobre hospital suburbano donde agobia el peso de tanto sufrimiento, enfermedad, adicción, violencia, angustia y muerte? El Dios-Hombre está en el dolor de un enfermo crucificado y el amor de una enfermera samaritana. En la alegría del niño que nace en la maternidad, la agonía del anciano que muere en una sala y el cariño de familiares, amigos, médicos, mucamas, consagrados, voluntarios. Una Iglesia – hospital de campaña - sirve a Jesús Sufriente como Jesús Samaritano. ¿Dónde está Dios en el último diálogo de un sacerdote -por palabras y señas- con un moribundo crucificado a su cama por COVID-19 en la soledad de una terapia intensiva? El sacerdote que lo visita le puede decir: *Dios está en vos*, y el enfermo le puede contestar con una señal: *Dios también está en vos*. El cristianismo genera un humanismo que reconoce a Dios presente en el dolor y el amor.

Cristo viene a nosotros *en cada hombre y en cada acontecimiento*. El Hijo encarnado estableció una misteriosa solidaridad con todo ser humano hasta identificarse con quien sufre. A esta *presencia en el dolor* se agrega su *presencia por el amor*. Jesús adviene no sólo en la persona del necesitado que sufre un mal sino también en aquel que busca su bien con un amor compasivo y apasionado. La fe descubre a Cristo en los niños y ancianos que viven y duermen en la calle y en el grupo solidario que se acerca a compartir la noche de la caridad. Percibe al Dios que da vida a los muertos en el acompañamiento amoroso a los murientes y en el culto a los difuntos en cementerios urbanos y cinerarios parroquiales. La fe penetra en la dimensión divina de las experiencias ciudadanas, aunque aún no tiene la claridad de la visión. En el “mientras tanto” de la historia la luz brilla entre sombras y la presencia se entrega en la ausencia. Los niños son las luces más brillantes en las noches más oscuras.

La llama del amor de Dios está viva aún en las situaciones dramáticas de la vida en las que los hombres quedan atrapados por las sombras de la muerte. Ellas pueden ser asumidas por la luz de la fe que reconoce a Dios en el grito de abandono del Jesús muriente en la Cruz: “*Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?*” (Mc 15,34). En las situaciones terribles, Dios sigue presente, aunque parezca ausente, como estaba el Padre junto a su Hijo en la negatividad solitaria de la muerte. La certeza de su compañía llevó a Jesús, *donado y aban-donado*, a confesar: “Yo no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Jn

16,32). La confianza en su Padre, al que permanece unido por la relación trinitaria en el límite de la separación, lo llevó a abandonarse a Aquel de quien se sintió abandonado: “*Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*” (Lc 23,46). El Padre escuchó la súplica del Hijo entre lágrimas (Hb 5,7) y lo levantó del abismo por el poder del Espíritu vivificador (Rm 1,4). Jesús, el Crucificado, es “el Resucitado” (Mc 16,6). Sólo esta mirada teologal y mística brinda esperanza a los pueblos crucificados.

En Cristo el fuerte se hizo frágil, el rico se hizo pobre, el grande se hizo pequeño para que el pequeño se hiciera grande. Él muestra el amor gratuito de Dios que se identifica con los crucificados de la historia. El Dios empuerqueñecido se identifica con los más chiquitos: “cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mt 25,40). La parábola del juicio es “una página de cristología... ilumina el misterio de Cristo” (NMI 49). Los rostros sufrientes son los rostros del Crucificado en las grandes ciudades. La acción pastoral debe partir del *reconocimiento de las presencias de Cristo* en los gritos, silencios, ojos, miradas, lágrimas, gestos y luchas de los más vulnerables. En Cristo la dignidad de Dios eleva la humildad del hombre y la humildad de Dios asume la dignidad del pobre.

5. La presencia ausente y la ausencia presente de Dios

La expresión de Aparecida *Dios vive en la ciudad* (A 514), ha sido completada por el Papa Francisco en otra: *Dios vive entre los ciudadanos* (EG 71). Estas frases se entienden a partir de la fe en las presencias del Dios de Jesucristo en la Iglesia y el mundo. La fe establece un presupuesto para la vida espiritual y pastoral: *partir de la presencia actual de Dios que vive entre nosotros*. La expresión no debe entenderse de un modo exclusivo sino incluyente, desde la variedad de las presencias reales de Dios. No hay que comprender esa realidad en forma dialéctica, como si Dios ya no estuviera en el campo y ahora se hospedara en la ciudad.

Las palabras *campo*, *ciudad* y *red* expresan tres universos civilizatorios marcados por *la ciudad glo-cal*, la *cosmo-polis* o articulación entre el *mundo-ciudad* y la *ciudad-mundo*.⁹⁶ El tránsito de la cultura de la ruralidad, fruto de muchos siglos, a la cultura de la civilidad moderna, marcada por la irrupción creciente de la virtualidad, crea posibilidades y despierta temores. Pero Dios está cerca de todas las épocas, culturas y ciudades, aunque ellas oscilen entre una mayor o una menor distancia del reconocimiento de Dios. Hay quienes siguen contraponiendo campo y ciudad, centro y periferia, urbe y suburbio, como si fueran realidades totalmente heterogéneas, sin captar la analogía incluida en la expresión “cultura urbana”. Un planteo integrador abarca, diferenciadamente, los centros urbanos, las periferias suburbanas o periurbanas, las megalópolis o redes de ciudades, y los pueblos de ámbitos rurales.

Dios vive en la ciudad es una afirmación de fe semejante a la confesión creyente del himno joánico: *el Verbo se hizo carne y puso su carpa entre nosotros* (Jn 1,14). El acontecimiento de la Encarnación lleva a plenitud la fe en el Dios presente en la historia que se hace peregrino poniendo su tienda de campaña entre nosotros. El mismo verbo se usa en la visión escatológico - histórica del Apocalipsis sobre “la Ciudad Santa, la nueva Jerusalén”, que es la Esposa del Cordero (Ap 21,1.2.9). La ciudad, preparada como una

⁹⁶ Cf. V. ROSINO, *Dio delle città. Cristianesimo e vita urbana*, Bologna, EDB, 2018, 32-47.

novia, tiene la figura de la carpa del desierto, lugar del encuentro con Dios: “Y oí una voz potente que decía desde el trono: ‘Esta es la *carpa de Dios* entre los hombres: él *acampará* con ellos y ellos serán su pueblo; Dios mismo estará con ellos y será su Dios” (Ap 22,3). En la consumación escatológica de la Alianza pascual, Dios es Dios con nosotros y nosotros somos nosotros con Dios.

Dios está presente en la historia. La mirada creyente puede “ver” la Realidad de Dios en toda realidad humana: la presencia del Creador en las criaturas, del Señor en el mundo, del Padre en sus hijos, de Cristo en sus hermanos, del Espíritu en los corazones, del Trascendente, Inefable e Infinito en lo inmanente, visible y finito, del más allá en el más acá, de la eternidad en el tiempo. Esa verdad no puede ser relegada por una lectura empírica de la realidad. El Dios encarnado vive en el templo de su Iglesia y en los templos de los corazones y ciudades.

Una de las primeras preguntas del viejo Catecismo era: *¿Dónde está Dios?* A ella respondía: *Dios está en el cielo, en la tierra y en todo lugar.* Hoy podemos decir que *Dios está en la ciudad; en todas las ciudades del mundo y en todos los lugares de la ciudad.* Sólo una mirada creyente y contemplativa descubre las presencias reales y misteriosas de Dios aquí y ahora.

“Necesitamos reconocer la ciudad desde una mirada contemplativa, esto es, una mirada de fe que descubra al Dios que habita en sus hogares, en sus calles, en sus plazas... Él vive entre los ciudadanos promoviendo la solidaridad, la fraternidad, el deseo de bien, de verdad, de justicia. *Esa presencia no debe ser fabricada sino descubierta, develada*” (EG 71).

La fe descubre a Dios en los lugares de su presencia y también en los signos de su ausencia; en las expresiones de su *presencia ausente* y de su *ausencia presente*. *Dios es como el sol:* aunque no lo veamos, siempre está. Más allá de las nubes y las tormentas, el Sol siempre está. Ante la pregunta bíblica *¿Dónde está tu Dios?* (Sal 42,2), la confesión de fe dice: *Dios ‘está’ aquí,* en esta ciudad en la que vivimos, de un modo casi imperceptible, como el sol ‘está’ en los días nublados, detrás de rascacielos, nubes y nieblas. *Aunque no lo veamos, Dios brilla en su presencia y también en su ausencia,* en el doble sentido que puede tener el verbo brillar: ser percibido en su manifestación externa y resplandecer con un austero esplendor.

El núcleo teologal de una evangelización urbana invita a descubrir y potenciar las presencias reales del Dios que in-habita en las ciudades y megalópolis. La pastoral urbana anuncia, celebra y testimonia que *Dios es / está con nosotros* (Mt 28,20), aunque se (lo) oculte o (nos) cueste percibirlo. En las nuevas figuras de su omnipresencia impotente, sobre todo en las víctimas, Dios está siendo presente histórica y culturalmente entre los hombres de este tiempo, como escribió mi querido amigo Juan Carlos Scannone, quien falleció en 2019.⁹⁷ El cristianismo es la religión del Dios con rostro humano y urbano que nos busca apasionadamente.

¿Dónde está Dios? es una pregunta que interpela porque surge de personas que padecen un gran sufrimiento. Ante el ocultamiento del amor justo y providente de Dios que produce la oscuridad del

⁹⁷ Cf. J. C. SCANNONE, “¿Habita Dios entre los hombres?”, en: AA. VV., *Habitar la Tierra*, Buenos Aires, Altamira, 2002, 93-111, esp. 104-108.

pecado, la maldad y la injusticia que parece reinar en el mundo de las ciudades, cabe la pregunta: *¿Está Dios en la gran ciudad? ¿Habita Dios en nuestra casa?* Por eso, no hay que convertir la frase en un nuevo *slogan* de consumo pastoral y tratar de pensar la cuestión de fondo con capacidad de discernimiento teológico, místico y racional. Una aguda sensibilidad religiosa puede percibir la presencia de Dios también en los signos de su ausencia. La fe es una mirada y una escucha que percibe la presencia del *Dios escondido* donde parece no estar. Dios acompaña en su retiro; pronuncia su voz en su silencio; revela su omnipotencia en su impotencia; muestra su máxima bondad en su mínima expresión, del pesebre a la cruz.

La vida en la ciudad tiene una dificultad especial para descubrir la presencia de Dios. La naturaleza es la huella del Creador, el arte de Dios. Las imágenes cósmicas son un libro (*liber naturae*) que da los símbolos religiosos básicos e invita a la plegaria. No obstante, la dureza de la vida y la indefensión ante las inclemencias no hace más fácil creer al hombre de campo.

La ciudad es “*el lugar en donde el hombre percibe su propia modernidad*”.⁹⁸ La vida en el medio urbano conlleva una nueva forma de aparición del ser humano a sí mismo. Una de las grandes cuestiones modernas es la comprensión y la vivencia de su *autonomía* y de su articulación con el reconocimiento del Dios providente que actúa en el mundo.⁹⁹ El Concilio Vaticano II situó a la Iglesia en una nueva relación con lo secular respetando su relativa autonomía (GS 36, 76). La distinción entre *secularidad* y *secularismo* proviene del grado de autonomía, relativa o absoluta, que se reconozca a lo secular. En la ciudad el hombre percibe su propia imagen y encuentra el espejo de su obra. Allí corre el riesgo de olvidar al Invisible y le cuesta hallar la forma de vivir la trascendencia encarnada y la inmanencia trascendente. La correlación entre ciudad y modernidad marca la ciudad moderna y la modernidad urbana.¹⁰⁰

En los años sesenta una teología de la secularización, ligada a una sociología de la modernización, veía a la ciudad como el espacio de la *autonomía absoluta* del ser humano, auguraba la profecía de una *secular city* y la desaparición de toda religión en la vida pública. Hace cuarenta años, el Documento de Puebla respondió a esta cuestión y tomó nota de los nuevos desafíos para la vivencia religiosa (DP 429-433). Décadas después han crecido la indiferencia religiosa, la secularización institucional, el pluralismo espiritual. No obstante, los pueblos atestiguan el valor de la religión como la dimensión más profunda de la vida y una realidad primaria de las culturas (DP 386). Ella surge con el valor original e irreductible de la relación con Dios o lo divino por medio de lo sagrado, que no es subproducto de la conciencia.¹⁰¹

Las nuevas vivencias religiosas muestran la encarnación de la fe en nuevas formas urbanas y señalan el agotamiento de un proyecto secularista. El ser humano no puede vivir sin Dios y sin el rumor de lo sagrado. Una sociedad totalmente secularizada es insoportable a pesar de su relativa vigencia institucional. El *deseo de Dios* que hay en el corazón humano tiene tal intensidad que, si no hay propuestas religiosas

⁹⁸ P. RICOEUR, “Urbanización y Secularización”, en: *Ética y Cultura*, Buenos Aires, Docencia, 1986, 125.

⁹⁹ Cf. W. KASPER, “Autonomía y teonomía”, en: *Teología e Iglesia*, Barcelona, Herder, 1989, 204-230.

¹⁰⁰ Cf. J. B. LIBANIO, “La Iglesia en la ciudad”, en: J. B. LIBANIO; B. BRAVO; J. COMBLIN, *La Iglesia en la ciudad*, México, Dabar, 1999, 19-71.

¹⁰¹ Cf. J. C. SCANNONE, *Religión y nuevo pensamiento*, Barcelona, Anthropos, 2005, esp. 13-76, 271-288.

auténticas, se difunden formas de una religiosidad sin Dios. La evangelización tiene que ser sensible a estas búsquedas que encierran una invitación a ofrecer las insondables riquezas de Cristo como una propuesta de Vida plena.

6. Encontrar a Dios en la vida urbana cotidiana

La cultura urbana requiere un pasaje de la mediación cosmológica a la *mediación antropológica en el encuentro con Dios*, que es mediado por la obra del hombre, imagen viva de Dios en el mundo. Hay que encontrar nuevas mediaciones sagradas y simbólicas del libro del espíritu humano (*liber animae*) escrito para ser leído u vivido en la cultura de las ciudades. Para ello hay que evitar la ilusión urbanista de una ciudad sin gente con conflictos y el mito bucólico del retorno a la naturaleza como una nueva *fuga mundi*. Reconociendo la función simbólica y terapéutica de la vida al aire libre, que es un derecho de todos, hay que ayudar a los cristianos a *compartir muchos oasis en los desiertos poblados de la ciudad*.

Luis Tagle observa tres formas de *sed* y de *agua* en las personas que viven en los nuevos desiertos urbanos y que la Iglesia puede saciar con el Agua Viva. La sed de mediaciones humanas y visibles de la presencia de Dios que incluyan personas de diversas condiciones, variadas expresiones rituales de la piedad popular y símbolos no convencionales que toquen el corazón. La sed de pertenencia ante una vida urbana vibrante, individualista, competitiva, para que haya espacios de comunión y vínculos afectivos – espirituales. La sed de una vida plena comunicada con amor ante las heridas de pobreza, la exclusión, la violencia y la soledad.¹⁰²

Manteniendo la primacía de Dios y de su gracia en la vida pastoral, es necesario *ayudar a descubrir al Dios que habita en la ciudad* en las mediaciones humanas personales y comunitarias que prologan la humanidad de Cristo. Se destacan las *figuras* simbólicas de las imágenes religiosas, los *misterios* profundos de la vida humana, el *testimonio* teologal de los cristianos coherentes. Desarrollando esa actitud contemplativa, hay que atender a las personas de un modo personalizado mediante la acogida personal, el acompañamiento espiritual, el diálogo sacramental, el discernimiento orante, la contención psicológica, el apoyo especializado.

Hay que aprender, recoger y recrear el mundo simbólico y ritual del catolicismo popular con conocimiento, respeto, imaginación y amor, para encauzarlo desde sus gérmenes originales o con nuevas luces. No se debe suprimir un símbolo salvo que se proponga con paciencia una mejor estructura de reemplazo. La simbolización es un acto típico del ser humano, también en la urbe. *Una antropología integral enseña que la fe se encauza a través de sentimientos, gestos, ritos y cantos*. La teología medieval justificaba la conveniencia de la existencia de los sacramentos en la condición ritual de la naturaleza humana. Si el ser humano no canaliza su tendencia natural a la praxis religiosa con ritos saludables, cae en prácticas supersticiosas y nocivas (ST III, 61, 1). Si la pastoral litúrgica urbana no interpreta la tendencia espontánea a formular las necesidades espirituales en gestos rituales, deja el paso libre a los sustitutos

¹⁰² Cf. L. TAGLE, “La sete di Dio nei deserti urbani. Evangelizzare un popolo all’ ricerca di un’ identità”, en: PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS, *Incontrare Dio nel cuore della città*, Vaticano, LEV, 51-57.

espurios de la religión: magia, ocultismo, adivinación, astrología, hechicería, esoterismo.

Los creyentes urbanos necesitan una acogida cordial en los santuarios, parroquias e iglesias, y la participación activa en renovadas comunidades orantes, fraternas y misioneras. Promover la personalización creciente e intensificar la dimensión comunitaria son dos caras de la misma medalla. La presencia en las manifestaciones masivas de la religiosidad popular en los santuarios y la organización en pequeñas comunidades son formas de cultivar la pertenencia a la Iglesia de un modo afectivo y efectivo. Una eclesiología de comunión del Pueblo de Dios ayuda a comprender y expresar la unión amorosa del pueblo cristiano con Dios, Cristo, el Espíritu, María, los santos, los difuntos y los hermanos que todavía peregrinan, sostenidos por la fe, la esperanza y el amor. Las devociones populares reconocen que los bienes buscados se dan en Dios de forma eminente y los santos los expresan de un modo afectivo.

La lectura religiosa de la experiencia urbana lleva a esbozar, con la tradición franciscana, un nuevo *itinerarium mentis in Deum* (un itinerario del espíritu hacia Dios) a partir de lo que viven los seres humanos ante la naturaleza, la historia y la cultura en las ciudades. Se podría pensar en las semejanzas y las diferencias que se dan entre la experiencia de sentir la naturaleza en el campo y la que se da en el jardín de una casa, una plaza de un pueblo, un espacio verde urbano. Para algunos, los paseos son las nuevas catedrales de la ciudad secularizada. La acción pastoral puede resignificarlos para favorecer el encuentro con Dios fomentando la contemplación de sus obras en las personas y las cosas. En la tradición judeo-cristiana Dios es el Dios de la historia, pero no deja de ser el Dios de la naturaleza y la interioridad.

Una espiritualidad laical urbana debe recrear la *actitud contemplativa* en los espacios privados y públicos. Una mamá con su bebé es un testimonio elocuente del Dios que ama la vida. En una fiesta o en un paseo se ejercita la amistad y se puede descubrir el paso de Dios viviente. En una plaza el corazón se puede elevar a lo divino mirando a los niños que juegan y a los ancianos que conversan, además de ver árboles y escuchar pájaros. En la mesa de un café, leyendo el diario y observando los rostros, se puede meditar la vida pensando en Dios. De hecho, muchas personas rezan viajando en colectivos, metros y trenes sobrecargados.

Francisco señala “nuestra dificultad para recrear la adhesión mística de la fe en un escenario religioso plural” (EG 70). Insiste en que “no hay que olvidar que la ciudad es un ámbito multicultural” (EG 74). Un desafío para la fe en la ciudad es encontrar a Dios en los demás. La trama de vínculos que unen a Dios y los seres humanos funda la libertad individual y la igualdad social. Las religiones seculares del siglo XX no lograron equilibrarlas. La fe trinitaria presenta la fuente paterna, filial y pentecostal de la fraternidad humana que sostiene la dignidad de cada hijo y el amor entre hermanos. Por el Espíritu de Jesús invocamos a Dios como *Padre* (Gal 4,7) y *Padre nuestro* (Mt 6,9) y reconocemos a los otros como hermanos y hermanas (Mt 23,9). La fe lleva a mirar y amar al *otro* (*alter*) como a *hermano* (*frater*). Las otreidades, irreductibles entre sí, deben ser respetadas, pero no deben convertirse en mónadas individuales. La urbe presenta de forma cotidiana el rostro de los otros que nos salen al paso y llaman a una apertura relacional.

No hay que temer al otro, al diferente, al extraño. La pastoral urbana debe ayudar a recrear la relación filial con Dios y los vínculos fraternos.¹⁰³

“Las ciudades son lugares de libertad y oportunidad. En ellas las personas tienen la posibilidad de conocer a más personas, interactuar y convivir con ellas. En las ciudades es posible experimentar vínculos de fraternidad, solidaridad y universalidad. En ellas el ser humano está llamado a caminar siempre más al encuentro del otro, convivir con el diferente, aceptarlo y ser aceptado por él” (A 514).

La ciudad contemporánea ofrece muchas posibilidades de una mayor *humanización* para que cada ser humano realice plenamente su vocación personal a la comunión social. Pero, también, multiplica las formas brutales de inhumanidad y *deshumanización*. En esta cultura se ha desarrollado el principio de individuación y “la emergencia de la subjetividad” (A 479). El sujeto acentúa su libertad de decisión y desea recomponer el sistema de creencias y valores a su manera, con la tentación de hacer una religión, espiritualidad o ética a la carta. Este fenómeno pone en crisis la tradición y la comunión, principios básicos de comunidad pública de la fe.

Estamos llamados a encontrar al Dios presente en una *cultura de la movilidad*. El movimiento incesante se encuentra en la aceleración del tiempo, cada vez más veloz, y en la fragmentación del espacio, cada vez más plural. La movilidad incesante, la especialización de roles y el eclecticismo urbano marcan los límites de la parroquia tradicional y reclaman iniciativas como los centros de espiritualidad, las *citychurches*, los santuarios urbanos. Deben ser espacios de acogida, escucha, consulta, oración y paz a los que “están de paso”. Se trata de ofrecer itinerarios significativos y celebraciones atractivas en distintos lugares de culto y de brindar formas de acompañamiento espiritual adaptadas a las sicologías y espiritualidades.¹⁰⁴

La Iglesia debe aprender a tener el oído en el corazón de Dios y la mano en el curso del tiempo. Durante siglos mantuvo la fe en una cultura marcada por la estabilidad cultural y la homogeneidad religiosa.¹⁰⁵ El núcleo de la nueva cultura urbana global se halla en la vivencia celosa de la libertad de elección ante muchas alternativas posibles. El cristianismo futuro pasa por la capacidad de reconocer la providencia de Dios en los avatares de la libertad de la persona humana y la libre respuesta de cada uno a la solicitud de la gracia en su situación.

El escenario cultural está marcado por el fuego cruzado entre el secularismo racionalista y relativista, y el fundamentalismo pietista e irracional. El *secularismo* concibe la sociedad como si Dios no existiera (*etsi Deus non daretur*); no reconoce su actuar creador, providente y salvador. Considera al hombre como el único agente histórico y percibe los valores relevantes al juicio de la razón y la decisión de la libertad *sin referencia* a una historia salvífica ni a un itinerario místico ni a un principio metafísico. *La vuelta de lo sagrado* muestra, junto con la búsqueda sincera del “Dios divino” que nos hizo a su imagen, el ambiguo

¹⁰³ Cf. P. TRIGO, “Discernimiento de las culturas urbanas y prácticas pastorales en la ciudad latinoamericana globalizada”, en: *Relaciones humanizadoras*, Santiago de Chile, Centro Teológico Manuel Larraín, 2013, 211-282.

¹⁰⁴ Cf. A. BORRAS, “Lugares de culto para el ‘homo urbanus’”, *Phase* 339 (2017) 199-210.

¹⁰⁵ Cf. G. LAFONT, *L'Église en travail de réforme. Imaginer l'Église catholique II*, Paris, Cerf, 2011, 287-307.

retorno de “los dioses” creados a nuestra semejanza, con encantamientos a medida de un sujeto prometeico.

Una teología urbana debe revitalizar la razón iluminada por la fe y la fe en la razón ante el fideísmo fundamentalista y el racionalismo secularista. Hay que pensar las consonancias entre la razón y la fe porque el vacío teológico y filosófico deja lugar a pietismos fundamentalistas y racionalismos laicistas. La teología se simboliza en los verbos creer, buscar, pensar. Es la fe que busca y sabe entender y la inteligencia que busca y sabe creer. El creer y el pensar no deben debilitarse mutuamente sino fortalecerse recíprocamente. El Papa Juan Pablo II abogó “por una correspondencia analógica entre ambas, en cuanto a la franqueza y audacia de no limitarse en su respectiva autonomía de modo que valga la máxima: ‘A la *parresía* de la fe debe corresponder la audacia de la razón’ (FR 48)”. Respetando la autonomía y sin concordismos, esa consigna evoca la *parresía* que pedía san Pablo para anunciar con libertad todo el Evangelio y el valor que I. Kant reclamaba, provocativamente, como la actitud necesaria para lograr la ilustración: ¡*sapere aude!* (atrévete a saber).¹⁰⁶ En la cultura urbana global hay entregarse a creer; atreverse a pensar; y animarse a buscar convergencias ana-lógicas.¹⁰⁷

7. La misericordia de Dios hacia los ‘sobrantes’ urbanos

Jesús sigue comunicando el Evangelio a través de su Iglesia, que quiere ser más evangélica, evangelizada y evangelizadora. Lo hacemos presente caminando por los espacios urbanos con el estilo de las Bienaventuranzas (cf. Mt 5,3-12; Lc 6,20-23) y el protocolo del amor fraterno a los más pequeños que genera obras de una cultura de la misericordia (cf. Mt 25,35-46).

La fe cristiana se puede sintetizar en dos textos neotestamentarios acerca de Dios y del hombre revelados en Cristo y centrados en el amor. El primero, de san Juan, anuncia: *Dios es Amor* (1 Jn 4,8). El segundo, de san Pablo, enseña: *lo más importante es el amor* (1 Co 13,13).

Los cristianos debemos testimoniar, en el corazón de la urbe, la ternura de un Dios “rico en misericordia” (Ef 2,4) y anunciar el *kerigma* del amor trinitario, pascual y salvífico de Dios. Francisco dice que “en este núcleo fundamental lo que resplandece es la belleza del amor salvífico de Dios manifestado en Jesucristo muerto y resucitado” (EG 36). Al exponer la catequesis mistagógica formula el *kerigma* cristológico-trinitario. “El *kerygma* es trinitario. Es el fuego del Espíritu que se dona en forma de lenguas y nos hace creer en Jesucristo, que con su muerte y resurrección nos revela y nos comunica la misericordia infinita del Padre” (EG 164).

La Misericordia es el principio hermenéutico del pontificado de Francisco. El Papa comunica a la Iglesia una teología, una espiritualidad y una pastoral centradas en la revolución de la ternura de Dios, Padre rico en misericordia, manifestada en el rostro de su Hijo Jesucristo, muerto y resucitado, y comunicada en el don del Espíritu Santo. Este acontecimiento mueve a vivir el primado teologal del amor por *la lógica de la*

¹⁰⁶ E. KANT, “¿Qué es la Ilustración?”, en: *Filosofía de la historia*, Madrid, FCC, 1992, 25.

¹⁰⁷ Cf. C. M. GALLI, “Pensar conjuntamente en teología y en filosofía. Un estilo dialogal, itinerante, integrador”, *Teología* 129 (2019) 9-65.

misericordia pastoral que acompaña, discierne e integra. Su consigna simbólica exhorta a *construir puentes y derribar muros*.

Dios tiene muchos atributos y nombres. Los papas recuerdan que Dios es Amor y Misericordia. Juan Pablo II dedicó su segunda encíclica al Dios *Dives in misericordia*. Benedicto XVI habló de Dios - Amor en su carta programática *Deus caritas est*. Francisco dice que *el nombre de Dios es misericordia*.¹⁰⁸ De esta forma asume la antigua cuestión de los nombres divinos. Dios es Amor misericordioso, como muestran santa Teresita del Niño Jesús y santa Teresa de Calcuta con la doctrina eminente de sus vidas y en contextos distintos. Dios es Amor en exceso, *excessus amoris*. La misericordia excede, siempre va más allá, se despliega hacia todos los “miseros” que sufren el mal, el dolor y la muerte. Ella expresa el ser de Dios como amor donado en una historia marcada por las luces de la gracia y las sombras del pecado.

En el drama de la historia la Iglesia transparente el amor reflejado en el rostro de Cristo, quien inició *la revolución de la ternura*.¹⁰⁹ En sus mensajes navideños en Buenos Aires Bergoglio, contemplando la imagen del Niño, anunciaba que *Dios es ternura*. La revolución de la ternura es una sentencia con contenido teológico, cristológico y mariológico. Ya antes, el Padre Jorge gestó esa expresión contemplando la imagen de *La Piedad*. Entonces recordó que en el siglo XV la Piedad se representaba como una Madre con muchos hijos y en el XVI se comenzó a representar con la imagen de la Madre compasiva con el Hijo muerto sobre sus rodillas, pero con el rostro sereno por la esperanza de la resurrección. “La Piedad es una expresión cualificada de la revolución de la ternura con que Dios quiso salvar al hombre”.¹¹⁰

La *Madre de la Misericordia* comunica la ternura entrañable de Dios en y a través de la Iglesia. En América Latina, Cristo se hace presente a través de María, el signo más bello de su cercanía entrañable y la mujer más querida por nuestros pueblos. En Guadalupe Dios le regaló América Latina a la Virgen y la Virgen a América Latina. María está presente en el santuario del corazón del Pueblo de Dios y en las ciudades, donde sobreviven tantas *personas invisibles* que no son noticia, pero se esfuerzan por vivir el amor que hace avanzar al mundo. La Iglesia latinoamericana tiene una original piedad mariana moderna de raíz ibérica y rostro mestizo, que no se gestó directamente del cristianismo antiguo ni de la cristiandad medieval.¹¹¹

Jesucristo es el Centro de la fe, un centro centrado y centrador en el Padre por el Amor del Espíritu. En Cristo, Dios-Hombre y Hombre-Dios, *la Trinidad está en el centro*, porque Cristo está centrado en el Padre, al que está unido eternamente en el Espíritu. El cristocentrismo trinitario guarda el equilibrio entre la concentración cristológica y el desbordamiento trinitario. En Cristo, el Centro, *también María está en el centro*. Cristo nos da su Madre como nuestra Madre y María nos guía a Cristo, su Hijo. Ella no es el centro, pero por la gratuidad del amor divino está siempre en el centro. La sabiduría católica popular “une lo divino y lo humano; Cristo y María”, como afirmó el Documento de Puebla (DP 448). Rafael Tello,

¹⁰⁸ Cf. FRANCISCO, *El nombre de Dios es misericordia* (edición de A. Tornielli), Barcelona, Planeta, 2016, 25-39.

¹⁰⁹ Cf. C. GALLI, “Revolución de la ternura y reforma de la Iglesia”, *Medellín* 170 (2018) 73-108.

¹¹⁰ Cf. J. BERGOGLIO, *Reflexiones espirituales sobre la vida apostólica* (1987), Bilbao, Mensajero, 2013, 245.

¹¹¹ Cf. C. M. GALLI, *La mariología del Papa Francisco*, Buenos Aires, Agape, 2018, “De la piedad popular mariana a la mariología pastoral de Francisco”, *Ephemerides Mariologicae* 69 (2019) 451-477;

argentino, llamado por Bergoglio “el teólogo de la Virgen”, acentuó esa unión porque miró a “la Virgen como una unidad salvadora con Cristo, constituyendo un *unum* con Él”.¹¹² No se debe separar lo que Dios ha unido. Vamos “por Cristo a María” porque Dios quiso una Madre para su Hijo y vamos “a Cristo por María” porque la Madre siempre nos conduce al Hijo (Jn 2,5).

El Obispo de Roma señala el lugar privilegiado de los pobres en el corazón misericordioso de Dios y del Pueblo de Dios (EG 186-216). En su exhortación programática está *la mejor exposición pontificia sobre el cristianismo y los pobres*. Afirma que “el corazón de Dios tiene un sitio preferencial para los pobres, tanto que hasta Él mismo ‘se hizo pobre’ (2 Co 8,9)” (EG 197). Muchísimos cristianos son pobres para este mundo, pero ricos para Dios en la fe (St 2,5).

La ternura de Jesús alivia nuestra frágil humanidad y nos llama a tocar “la carne sufriente de los demás” (EG 270). La religión cristiana fomenta una cultura de la misericordia, que es la *forma histórica del amor* que se compadece y remedia los sufrimientos ajenos.

En la aldea global la Iglesia profesa, testimonia y practica la misericordia entre las multitudes. El Papa denuncia la realidad mísera de los excluidos por una cultura del descarte. Señala los rostros de los «*no ciudadanos*», «*ciudadanos a medias*» o «*sobrantes urbanos*» (EG 74). Esta primera pandemia global, generada por el COVID 19, pone de manifiesto ante el mundo los rostros de tantos que parecen no tener derecho a la ciudadanía o son considerados ciudadanos precarizados o de segunda categoría: inmigrantes, personas sin techo, niños sin escolarización, trabajadores informales, adultos sin seguro médico, ancianos solos u olvidados...

La Iglesia de los orígenes nació y creció entre los pobres de las ciudades, como recordaba Pablo a los corintios (1 Co 1,26-31). La presencia en los *nuevos barrios populosos* es una prioridad pastoral porque el pueblo pobre de las periferias necesita sentir la proximidad de la Iglesia. En ellos, que reciben distintos nombres -*chabolas*, *favelas*-, muchos pobladores hicieron habitable lo inhabitable. Allí Dios acompaña a sus hijos e hijas. La pastoral debe mejorar los ámbitos de la presencia de Dios, desde los templos e imágenes a los lenguajes y redes.¹¹³

La Iglesia debe salir al encuentro de todos los hombres. Debe llegar con amor a las periferias existenciales, los momentos límites y las situaciones críticas. Una Iglesia en salida multiplica caminos para acompañar a tantos relegados de la atención pastoral ordinaria. La Iglesia bautiza a muchos hijos, pero no los visita ni acompaña ni catequiza, los abandona en su fe y luego se sorprende al sentirse abandonada. En la ciudad global debe renovar su opción por los pobres para reflejar el amor de Cristo que atrae pues la misión no es proselitismo sino atracción.

El amor misericordioso puede contribuir a un *humanismo relacional e incluyente para recrear una cultura del encuentro*. En las ciudades habita la diferencia y también la hostilidad. Hay barrios muy distintos entre sí atravesados por violencias nacidas del desprecio y el odio. La urbe crea situaciones que pueden favorecer o dificultar el encuentro. En ellas uno puede tratar al conocido y al desconocido, convivir con el

¹¹² R, TELLO, *La nueva evangelización I*, Buenos Aires, Agape - Saracho, 2008, 77; cf. 26-32.

¹¹³ Cf. L. MAZZINGHI, *Abitare la città. Uno sguardo bíblico*, Magnano, Qiqajon, 2015, 135-149.

semejante y el diferente, *aceptar a los demás y ser o no ser aceptado*. Después de la pandemia, una cultura del encuentro debe ayudar a recrear la ciudad como una casa común. La Iglesia es casa y escuela de comunión que fomenta una cultura de la integración, el intercambio, la interculturalidad y la solidaridad. Hablando de “la ecología de la vida cotidiana urbana” (LS 147-155), el Papa Francisco escribe:

“Hace falta cuidar los lugares comunes, los marcos visuales y los hitos urbanos que acrecientan nuestro sentido de pertenencia, nuestra sensación de arraigo, nuestro sentimiento de «*estar en casa*» dentro de la ciudad que nos contiene y nos une...Así los otros dejan de ser extraños, y se los puede sentir como parte de un «*nosotros*» que construimos juntos” (LS 151).

8. Conclusión: la Jerusalén celestial, Ciudad del Pueblo de Dios

La Iglesia existe para “dar testimonio, de una manera sencilla y directa, de Dios revelado por Jesucristo mediante el Espíritu Santo” (EN 26). La pastoral urbana nunca podrá responder a todas las necesidades de los seres humanos, pero siempre tendrá que proclamar la Buena Noticia de que Dios es la eterna comunión de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu. Dios se nos comunica en la entrega de su Hijo, encarnado hasta la cruz pascual, y en la donación de su Espíritu, derramado en los corazones, para que participemos en su Vida abundante.

Cristo y la Trinidad configuran el único y doble centro bipolar de la fe cristiana y de la nueva evangelización. La fe cristiana se estructura como un *crístocentrismo trinitario*. El Pueblo de Dios expresa esta fe en la profesión litúrgica del *Credo*, el Símbolo de la Fe, cuyo contenido es trinitario y crístocéntrico. El cristiano manifiesta la fe de forma sencilla cuando se hace la *señal de la cruz*. En el momento en que la palabra invoca al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, el gesto confiesa a Cristo que nos salva en la cruz pascual. La evangelización debe ayudar a hacer la señal de la cruz como un signo de la piedad católica popular y el símbolo cultural más expresivo del cristianismo. Esto implica actualizar la memoria cristiana y resignificar su valor religioso y afectivo en una pastoral ordinaria imbuida de un *pathos* misionero.

La piedad popular es *la forma de vivir la fe por parte de católicos que viven en una modalidad cultural determinada*. El sabio principio pastoral partir “de lo que ya existe” (EG 69) lleva a asumir y potenciar la fe de quienes viven un cristianismo popular en las diversas periferias urbanas y están desatendidos por las estructuras parroquiales. Los cristianos sencillos viven su vocación misionera a través de *la comunicación capilar de la fe de persona a persona*. En la vida urbana cotidiana estamos llamados a compartir el Evangelio de forma informal mediante los gestos y las conversaciones. El evangelizador comparte su fe con otros animado por la actitud humilde de quien aprende del otro, en quien Dios ya está presente y actuante. Su fe amorosa es *un fuego que enciende a otros fuegos*, como decía san Alberto Hurtado.

Junto a la pastoral popular urbana, la teología de la ciudad debe desarrollarse como teología política o del espacio común. “Ser pueblo y construir ciudades van de la mano. Y ser pueblo de Dios y habitar en la

ciudad de Dios, también. En este sentido el imaginario teológico puede ser levadura para todo imaginario social”.¹¹⁴ Nuestra ciudad clama por otra Ciudad.

La *Jerusalén celestial*, imagen escatológica de la Ciudad, es una plaza abierta con una mesa para todos. La nueva Jerusalén es “la ciudad de Dios-Trinidad”,¹¹⁵ habitada por el Padre eterno (Ap 1,8; 21,7), el Cordero vencedor (Ap 5,2.5; 21,22), el Agua Viva del Espíritu (Ap 2,7; 22,17). Ella expresa plenamente la vida de Dios en la ciudad y la vida de la ciudad en Dios.

Olegario González de Cardedal formuló esta cuestión: ¿cuál es la nueva morada vital del hombre en el siglo XXI? Respondió con una frase que toma palabras de dos libros que fueron guías espirituales del siglo XX. El primero, *En el corazón de las masas* de René Voillaume, inserta el desierto en la ciudad populosa; el segundo, *El corazón del mundo* de Hans Urs von Balthasar, contempla a Cristo como el corazón de Dios presente en el mundo. Con estas bases responde a su pregunta: *Dios está en el corazón del mundo*.¹¹⁶ Recogiendo su intuición, agrego: *Dios está en el corazón de la ciudad*. Me gusta decirlo con una frase tomada de una canción dedicada a la Virgen de Guadalupe: *El corazón de los pueblos es el santuario de Dios*.

¹¹⁴ J. M. BERGOGLIO, “Palabras iniciales del Sr. Arzobispo de Buenos Aires, Cardenal Jorge Mario Bergoglio sj, en el Primer Congreso regional de pastoral urbana”, en: GALLI, ‘*Dios vive en la ciudad*’, 404.

¹¹⁵ Cf. F. CONTRERAS, *La nueva Jerusalén. Esperanza de la Iglesia*, Salamanca, Sígueme, 1998, 186; 186-207.

¹¹⁶ O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Dios en la ciudad*, Salamanca, Sígueme, 2013, 48-49.

Bibliografía selecta de las dos últimas décadas

- R. AGUIRRE (ed.), *Así vivían los primeros cristianos*, Estella, Verbo Divino, 2017.
- V. AZCUY (coord.), *Teología urbana. Prácticas de espiritualidad popular*, Buenos Aires, Agape, 2018.
- A. BONDOLFI; M. MARIANI, *Dio uomini e città*, Bologna, Dehoniane, 2015.
- B. BRAVO, *Simbólica urbana y simbólica cristiana. Puntos de convergencia para la inculturación del Evangelio en la urbe de hoy*, México, Universidad Pontificia de México, 2013.
- B. BRAVO (coord.), *¿Cómo hacer pastoral urbana?*, México, Paulinas, 2013.
- CELAM, *Evangelización en las culturas urbanas*, Bogotá, CELAM, 2015.
- A. DAVEY, *Cristianismo urbano y globalización*, Santander, Sal Terrae, 2003.
- M. ECKHOLT (ed.), *Vivir la Fe en la ciudad hoy. Las grandes ciudades latinoamericanas y los actuales procesos de transformación social, cultural y religiosa I-II*, México, San Pablo, 2014.
- C. M. GALLI, 'Dios vive en la ciudad'. *Hacia una nueva pastoral urbana a la luz de Aparecida y del proyecto misionero de Francisco*, Buenos Aires, Agape, 2011, 2014 (4a.).
- C. M. GALLI, "Der Christus Gottes ist und wohnt in der Stadt", en: M. ECKHOLT; S. SILVER (Hg.), *Glauben in Mega – Citys*, Stuttgart, Grünewald, 2014, 226-274.
- C. M. GALLI, "Misericordia materna della Chiesa nei confronti dei poveri, dei dimenticati e degli avanzi nella pastorale megaurbana", en: L. MARTÍNEZ SISTACH, *La pastorale delle grandi città*, Vaticano, LEV 2015, 203-244.
- C. M. GALLI, "El Pueblo de Dios en las culturas urbanas a la luz de *Evangelii gaudium*", en: CELAM, *Evangelización en las culturas urbanas*, Bogotá, CELAM, 2015, 105-142.
- C. M. GALLI, "Dios sigue caminando en nuestras ciudades", *Communio* (argentina) 23/1 (2016) 23-37.
- C. M. GALLI, "A sinodalidade latinoamericana e o Papa Francisco", en: A. BRIGHENTI (org.), *Compêndio das Conferências dos bispos da América Latina e Caribe*, São Paulo, Paulinas, 2018, 191-213.
- C. M. GALLI, *La alegría de evangelizar en América Latina. De la Conferencia de Medellín a la canonización de Pablo VI. 1968-2018*, Buenos Aires, Agape, 2018.
- C. M. GALLI, "La alegría del Evangelio y las novedades de Francisco", en: A. BRIGHENTI (org.), *Os ventos sopram do Sul. O Papa Francisco e a nova conjuntura eclesial*, São Paulo, Editora Paulinas, 2019, 29-56.
- C. M. GALLI, "Il Popolo di Dio, il popolo e i popoli. Papa Francesco e la teologia argentina", en: G. LA BELLA; M. DE GIUSEPPE (a cura di), *Da Puebla ad Aparecida*, Roma, Carocci, 2019, 277-296.
- C. M. GALLI, "Iglesia sinodal y sinodalidad de la Iglesia: fundamentos teológicos y teológicos", en: S. MADRIGAL (ed.), *La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia. Comentario teológico*, Madrid, BAC, 2019, 111-140.
- O. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, *Dios en la ciudad*, Salamanca, Sígueme, 2013.

- S. GUIJARRO, *La primera evangelización*, Salamanca, Sígueme, 2013.
- LL. MARTÍNEZ SISTACH (ed.), *A pastoral das grandes cidades*, Brasília, CNBB, 2016.
- L. MAZZINGHI, *Abitare la città. Uno sguardo biblico*, Magnano, Qiqajon, 2015.
- V. MENDES; R. ISLAS (eds.) *Presencia de la Iglesia en la ciudad*, Bogotá, CELAM, 2014.
- PONTIFICIUM CONSILIUM PRO LAICIS, *Incontrare Dio nel cuore della città*, Vaticano, LEV, 2016.
- P. RICOEUR, *Leggere la città*, Roma, Castelvechi, 2013.
- V. ROSITO, *Dio delle città. Cristianesimo e vita urbana*, Bologna, EDB, 2018.
- A. SUÁREZ (dir.), *Creer en las villas. Devociones y prácticas religiosas en los barrios precarios de la ciudad de Buenos Aires*, Buenos Aires, Biblos, 2015.
- J. C. SCANNONE, “¿Habita Dios entre los hombres?”, en: AA. VV., *Habitar la Tierra*, Buenos Aires, Altamira, 2002, 93-111.
- J. SCHEINIG (comp.), *Dios en la ciudad. I Congreso de Pastoral Urbana Región Buenos Aires*, Buenos Aires, San Pablo, 2012.
- J. SEIBOLD, “Piedad popular, Mística popular y Pastoral Urbana”, *Medellín* 138 (2009) 207-226.
- J. SEIBOLD, “La mística popular en la ciudad”, *Medellín* 154 (2013) 169-194.
- M. SIEVERNICH, *La missione cristiana. Storia e realtà*, Brescia, Queriniana 2012.
- M. SIEVERNICH; K. WENZEL (Hg.), *Aufbruch in die Urbanität*, Freiburg, Herder, 2013.
- L. SUSIN, “La Ciudad que Dios quiere: una plaza y una mesa para todos”, *Medellín* 155 (2013) 341-355.
- P. TRIGO, *La cultura del barrio*, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 2004.

3 - “Dios en la ciudad” - Una pastoral desde la irrupción de lo escatológico - Félix Palazzi

Introducción

En este artículo buscamos analizar lo que significa e implica la afirmación “Dios está en la ciudad”. Aún reconociendo la presencia de Dios en la ciudad, su irrupción acontece en una realidad que de suyo le es “ajena”, por tanto, no puede ser sino una “irrupción escatológica” que requiere un “cambio de paradigma hermenéutico”. Karl Barth afirmaba categóricamente que “no tiene nada que ver con Cristo un cristianismo que no sea del todo escatología”¹¹⁷. En una forma similar, Ignacio Ellacuría sostenía que “sin lo escatológico falta la fuerza radical para transformar proyectivamente el presente”¹¹⁸. En este artículo buscamos aproximarnos a la pastoral urbana desde esta “irrupción” escatológica que nos invita a un nuevo estilo de vivir nuestra existencia cristiana en la urbe. Esta perspectiva permite entender que la

¹¹⁷ BARTH, Karl. Carta a los Romanos, Madrid: Biblioteca de Autores cristianos, 1998, p.381.

¹¹⁸ ELLACURIA, Ignacio. Escatología e historia, en Escritos Teológicos tomo II, San Salvador: UCA editores, 2000, p.97.